

“...lo crucificaron, y con él a otros dos...” (Juan 18,1-19, 42)

Desde muy pequeño me enseñaron a contemplar a Jesús crucificado en mis hermanos y hermanas que sufren. Como si la presencia sacramental de Dios adquiriera una densidad específica en aquellas personas cuyas biografías están marcadas por el dolor.

A los lados de Jesús de Nazaret continúan multiplicándose los crucificados por un dolor que tiene mil caras y que siempre, siempre... resulta incomprensible. Habrá causas, pero nunca razones inapelables. El misterio se hace presente con la misma rotundidad de la angustia. ¿Por qué Padre? ¿Por qué a mí? ¿Por qué a los míos? ¿Por qué a ellos? ¿Por qué así? ¿Por qué ahora?

En el mediodía de mi vida me incorporé a la misión Hospitalaria. Entonces volví a escuchar lo mismo que me habían enseñado en la catequesis de infancia. Esta vez en labios de San Benito Menni, recordando que las personas que atendemos, cuanto más heridas están por la enfermedad, más y mejor reflejan la imagen del crucificado.

La lectura de la pasión es rica en evocaciones y puedo verme en la piel de todos y cada uno de los personajes que nos presenta el evangelista Juan. Pero en este Viernes Santo quiero contemplarme crucificado al lado del maestro y contemplar a las personas que atendemos en ese mismo trance.

Verme junto al maestro para callar mi pena y encontrar una luz, una respuesta, en su abandono en las manos del Padre. Ver a nuestros destinatarios como otros inocentes crucificados y estar, como María, al pie de sus cruces cotidianas.

Ante el misterio sólo cabe el silencio y la hondura de una serenidad siempre buscada y ofrecida. Una paz del alma ante la cual enmudecen las preguntas, para respirar en Dios.

Soy un sanador herido, como tantos y tantas que desde la Hospitalidad se hacen presente en el dolor ajeno sin dejar de sentir en sus carnes las mismas penas.

Será por este calado del misterio que los Viernes Santo son días marcados por el silencio. Un silencio activo que nos permite atisbar respuestas que ninguna respuesta es capaz de abarcar.

El Nazareno continúa en la cruz en mí, en ti, en nuestros hermanos y hermanas. Necesitamos y necesitan el testimonio del abandono confiado en los brazos del Padre, necesitamos y necesitan la presencia firme, empática, respetuosa, esperanzada de María. Ella permaneció de pie junto a la cruz...

